

CONFERENCIA LXX.

LA EUCARISTÍA.

La presencia real.

EL DR. Todas las cuestiones religiosas que teneis la bondad de examinar para instruirme, son útiles é importantes, y ofrecen al corazón y al entendimiento un atractivo que en vano se buscaria en el estudio de las ciencias humanas; mas entre todos estos asuntos hay uno, y es la Eucaristía, que con su solo nombre excita recuerdos y emociones de la infancia, con los cuales nos complacemos siempre. Así podeis conocer con qué atencion y gusto oiré las explicaciones de este dogma tan interesante del Cristianismo.

EL TEÓL. Y podeis tambien decir tan difícil. En cuanto á mi, no deja de causarme cierta impresion la idea de explicarme, porque estoy convencido de mi debilidad é impotencia para exponerle de la manera conveniente. Comenzaremos nuestras investigaciones por la presencia real del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, porque despues de haber sentado este principio llegaremos por una transicion natural á los otros puntos de este dogma católico. El Salvador promete en los siguientes términos dar á comer su carne y á beber su sangre: *Yo soy el pan vivo, que he descendido del cielo. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi misma carne, para la vida del mundo. Comenzaron entonces los judios á altercar unos con otros, diciendo: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Jesús empero les dijo: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último dia. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él.*

Segun el sentido de estas palabras, Jesucristo promete dar real y verdaderamente su carne y su sangre, que era una manera hasta entonces desconocida á los cafarnaitas y á sus discípulos. Por tanto

¹ Joann. vi.

los judios no poseian en su fe, ni en sus ceremonias religiosas, ni en su historia, ninguna aplicacion posible á estas palabras proféticas: *El pan que yo daré es mi misma carne.* Este pan no podia ser el maná caido del cielo, porque le era superior, ni tampoco la fe en Jesucristo, porque ya la poseian muchos de ellos, especialmente los discípulos. Además los antiguos judios habian tenido esta fe implicita muchos siglos antes, y por esto los de Cafarnaum consideran estas expresiones en su sentido real, entendiéndolas de una comida verdadera. *Comenzaron á altercar unos con otros, diciendo: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Mas el Salvador les afirma la verdad de esta interpretacion, añadiendo: Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.* Convencidos igualmente de que se trataba de una comida real, muchos discípulos empiezan á decir: *Dura es esta doctrina, ¿y quién puede escucharla?* Pero conociendo Jesús el objeto de estos murmullos, les dice: *¿Esto os escandaliza? ¿pues qué será si viereis al Hijo del Hombre subir á donde antes estaba?* Fuerza será sin embargo que creais que tambien puede daros á comer su carne y á beber su sangre sobre la tierra. Desde entonces muchos discípulos, no pudiendo aceptar esta idea de verdadera comida, *dejaron de seguirle, y ya no andaban mas con él.*

Esta interpretacion natural y sencilla viene confirmada por los Concilios y por los Padres de la Iglesia, los cuales reconocen en este texto de san Juan una comida real. «Si Jesucristo, dice san Hilario, «ha tomado la carne de nuestro cuerpo, es claro que recibimos en «este misterio la carne de su cuerpo, pues él mismo dijo: Mi carne «verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida.» ¡Oh Señor, exclama san Agustin ²! ¡Oh buen Maestro! ¿Seria posible que de nada sirviese vuestra carne, cuando dijisteis: «El que «no come mi carne no tendrá la vida eterna?» En el concilio de Éfeso se leyó con aprobacion esta carta de san Cirilo de Alejandria á Nestorio: «En el sacrificio incruento participamos de la carne sagra- «da y de la preciosa sangre del Cristo. Y no es que debemos consi- «derar esta carne de que habla el Evangelio de san Juan, como una «carne comun, sino como la carne propia del que se hizo hombre por «nosotros.» El segundo concilio de Nicea dice tambien lo siguiente: «Ninguno de los Apóstoles ó de nuestros ilustres Padres ha llamado «jamás imagen de su cuerpo al sacrificio incruento, pues no fue así «como el Señor les enseñó á nombrarle; pero todos le oyen, cuan- «do dice en el Evangelio: Si no comiereis la carne del Hijo del Hom-

¹ Joann. vi. — ² Lib. 8 de Trin.; S. Aug. in Joann.

«bre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros.» El concilio de Trento reconoce tambien en estas palabras de los Libros santos, con los teólogos católicos y los comentadores de la Escritura, una comida real ¹.

¿Si se habrá cumplido una promesa tan admirable y magnífica? Oigamos la relacion de los Evangelistas y de san Pablo: *Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y lo bendijo y partió, y dióselo á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: este es mi cuerpo. Y tomando el cáliz dió gracias, y dióselo diciendo: Bebed todos de él; porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada por muchos, para remision de los pecados* ². *Tomó el pan, y dando gracias lo partió y dijo: Tomad y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: haced esto en memoria mia. Y de la misma manera el cáliz despues de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre. Haced esto cuantas veces le bebiéreis, en memoria mia* ³. Tales son las palabras de la institucion de la Eucaristía. Es sorprendente la relacion que hay entre los términos de la promesa y los que expresan su cumplimiento: El pan que yo daré, habia dicho el Salvador á los cafarnaítas, es mi misma carne; y segun los Evangelistas, tomó el pan diciendo: «Este es mi cuerpo.» Leemos en san Juan: «Quien come mi carne y bebe mi sangre;» y en la cena Jesús dice á sus discípulos: «Comed: este es mi cuerpo... bebed: esta es mi sangre.» Aquí tenemos verdaderamente el cuerpo y la sangre, la comida real solemnemente anunciada en la promesa.

Al examinar este texto se ve desde luego que debe entenderse de la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, pues la claridad y la precision del lenguaje excluye toda idea de imágen y de figura. Por esto los Apóstoles creyeron que el Salvador les daba á comer real y verdaderamente su cuerpo y á beber su sangre, y en lo sucesivo transmitieron la creencia y el uso de tan adorable misterio, de la misma manera que los habian recibido personalmente de los labios y de las manos de Jesucristo. No hay en los Libros santos un pasaje que los Doctores cristianos de todos los siglos hayan examinado con mas frecuencia ni comentado con mas esmero; pero todos han reconocido en él, ni mas ni menos que los Apóstoles, la presencia real y verdadera del cuerpo y de la sangre de nuestro divino Redentor.

Muy numerosos son estos testimonios, pero bastará con citar los siguientes: «No es que tomemos un pan ó una bebida comun, sino

¹ Ses. 12. — ² Matth. xxvi; Marc. xiv; Luc. xxii. — ³ I Cor. xi.

«la carne y la sangre de Jesús encarnado,» pues los Apóstoles consignan en los Evangelios las palabras que les dirigió Jesucristo: «Haced esto en memoria mia; este es mi cuerpo... y habiendo tomado el cáliz y dado gracias dijo: Esta es mi sangre.» El Cristo convirtió el pan en su propio cuerpo, diciendo: Este es mi cuerpo ¹. «El pan se convierte desde luego en el cuerpo del Verbo por la palabra, segun ha dicho el Verbo mismo ².» «¿Quién se atreverá á dudar, habiendo el Cristo pronunciado y dicho del pan: Este es mi cuerpo? ¿Quién se atreverá á sostener que en el Sacramento no hay su sangre, despues de esta afirmacion: Esta es mi sangre ³?» «El mismo Señor proclama: Este es mi cuerpo... ¿Será que la palabra del Cristo no pueda cambiar lo que era ⁴?» «Pues ha dicho: Este es mi cuerpo, obedezcamos y creamos. Algunos hay que dicen: Quisiera ver su forma, su imágen, sus vestidos; pero lo cierto es que le vemos, le tocamos y le comemos en la Eucaristía ⁵.» «El cuerpo que Jesucristo dió á sus discípulos es el cuerpo del Salvador ⁶.» «En sus manos estaba, cuando al presentar su propio cuerpo dijo: Este es mi cuerpo, pues le tenia entre sus manos ⁷.» Podríamos invocar el testimonio de los Doctores de la Iglesia que escribieron despues del siglo de san Agustin, pues es enteramente conforme con la creencia de sus predecesores. Oigamos además las palabras de san Juan Damasceno, que vivia en el siglo VIII: «El pan y el vino no son la figura del cuerpo ni de la sangre del Cristo, pues él mismo dijo: Esta es, no la figura de mi cuerpo, sino mi cuerpo; esta es, no la figura de mi sangre, sino mi sangre ⁸.»

Los Apóstoles transmitieron á los pueblos el dogma de la presencia real, en los mismos términos que le habian recibido del Señor Jesús, pues así lo atestiguan las palabras de san Pablo á los corintios: *El cáliz de bendicion que bendecimos, ¿no es la comunion de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la participacion del cuerpo del Señor?... De manera que cualquiera que comiere este pan ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto examínese á sí mismo el hombre, y de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz; porque quien le come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenacion, no haciendo el debido discernimiento del cuerpo del Señor* ⁹. «Hé aquí; nos dice san Juan

¹ S. Just. Ap. 1, et Tertul. adv. M. lib. 4. — ² S. Greg. Ny. Or. 37. — ³ S. Cyr. Hier. Catech. 4. — ⁴ S. Amb. lib. de Myst. — ⁵ S. Juan Cris. Homil. 88. — ⁶ S. Jer. Ep. ad Hed. — ⁷ S. Aug. in Ps. xxxiii. — ⁸ De Fid. Ort. l. 4. — ⁹ I Cor. x et xi.

«Crisóstomo, el sentido de estas expresiones: lo que hay en el cáliz es lo que ha manado del costado del Cristo, y nosotros participamos de ello. ¿Cómo podríamos recibir el cuerpo de Dios ultrajándole? «Este es el cuerpo que fue ensangrentado y atravesado con una lanza¹.» Segun san Agustín, recibían el cuerpo y la sangre del Salvador aquellos á quienes decia el Apóstol: El que come indignamente, come su propia condenacion².» «Semejante al traidor Judas, añade Teodoro comentando estas palabras de san Pablo, los que reciben este santísimo cuerpo con manos impuras le llenan de ultrajes.» El concilio de Trento cita estas mismas palabras del Apóstol, y las entiende de una comida real y verdadera³. «Hay otro pasaje, dice el Catecismo del Concilio, por cuya explicacion deberá colegirse sin duda que en la Eucaristía hay el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo: despues de haber consignado las palabras de la consagracion, el Apóstol añade: *Examínese á sí mismo el hombre...* Si en la Eucaristía no hubiese otra cosa que la memoria y el signo de la pasion del Salvador, ¿de qué servirían unas palabras tan imponentes? La gran palabra de condenacion, de que hace uso el Apóstol, manifiesta que hay un crimen detestable en el acto de recibir indignamente el cuerpo del Señor oculto bajo las especies eucarísticas⁴.» Así estas expresiones de san Pablo manifiestan que hay una comida verdadera del cuerpo de Jesucristo, y por consiguiente su presencia real en la Eucaristía.

Todas estas citas de los santos Padres y Doctores de la Iglesia demuestran en qué sentido deben tomarse las palabras de los sagrados Libros relativas á la Eucaristía; pero podríamos aducir otros pasajes á millares para manifestar que no hay un dogma enseñado con mas esmero, ni recomendado con mas eficacia, ni mas conocido en la Religión cristiana. Y no es esta una de las verdades puramente teóricas, admitidas por los ministros de la Iglesia y por algunos fieles instruidos; pues los pastores se han dedicado siempre á explicar á los pueblos la santidad y la grandeza de este misterio, para que se acerquen á recibirle con la disposicion conveniente, mostrando unas veces los tesoros de gracias y la importancia del don celestial que iban á poseer, y proclamando otras veces, como el Apóstol, los terribles castigos que están reservados para los que profanan el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

La práctica ó la administracion de la Eucaristía es el efecto de la creencia universal que acabamos de indicar, y así es que la vemos

¹ Homil. in Ep. ad Cor. — ² De Bapt. l. 5. — ³ S. 13, c. 7. — ⁴ De Euch. S.

desde los tiempos apostólicos en todas las iglesias que se forman. Examinemos la cristiandad entera, y en todas partes hallaremos la celebracion del misterio de la Eucaristía: en el sacrificio del altar se adora á Jesús presente bajo las especies sacramentales; en la sagrada mesa se recibe el cuerpo y la sangre del Salvador; los fieles responden: *Amen, así sea, lo creo*, cuando el sacerdote les presenta la santa Comunión pronunciando estas claras palabras: «Que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo conserve vuestra alma para la vida eterna.» Preguntad á la iglesia cismática de Oriente cuál es su creencia, cuál es su práctica sobre esta verdad, y os dirá: Poseemos, adoramos y recibimos en la Eucaristía el cuerpo y la sangre de Jesucristo; tal es nuestra fe, nuestro consuelo, nuestra felicidad.

Así antes como despues del cisma de Focio vemos entre los individuos de aquella iglesia numerosa el dogma sagrado de la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristía. Es evidente hubo siempre hasta el siglo XVI una sola fe sobre este adorable misterio, pues cuando aparecieron en los siglos XI y XII los errores de Berenger y de Pedro de Bruis, por todas partes se levantó un grito de reprobacion y de anatema contra tan osados innovadores. Así se reune para establecer y demostrar la existencia de este dogma la Escritura por una parte, y por otra parte la tradicion, la historia, la doctrina de los Doctores, la fe de los pueblos y la administracion constante de este Sacramento en todas las regiones del universo.

Tales son las pruebas imponentes é infalibles en que nos fundamos para confesar la presencia real del cuerpo y de la sangre del Señor en la sagrada Eucaristía. Á no ser una triste experiencia de tres siglos, no podria creerse que unos pueblos numerosos se hubiesen atrevido á repudiar este dogma sagrado como una idolatría abominable, pues el mismo Lutero estaba convencido tan profundamente de su evidencia, como que por confesion propia le fue imposible desecharle, aunque lo deseaba con toda su alma, para servirse de esta negacion contra el papado y la Iglesia romana. La verdad, mas poderosa que su malicia impía y rencorosa, le condujo constantemente al sentido claro y natural de las palabras, en donde veia consignada de una manera tan manifiesta la presencia real; así es que no obstante sus violentos esfuerzos, nunca pudo formar la resolucion de desecharla¹.

Los principios del libre exámen debian sin embargo producir sus consecuencias, que no era capaz de detener la firme é invencible

¹ Ep. ad Arg.

creencia de Lutero. Hagamos una exposicion rápida de los diferentes sistemas que han inventado los novadores contra el dogma de la presencia real en el Sacramento. El primero que se distingue es Carlóstadio. En vano se enfurece Lutero contra el discípulo rebelde, haciéndole expulsar de Wittemberg, pues no por esto renuncia á su sistema contra la presencia real, proclamada tambien en Suiza por Zuinglio y Ecolampadio. Para ellos las palabras de la institucion no son otra cosa que un estéril simbolo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Llega posteriormente Calvino con principios diferentes, al menos en apariencia, y dice: Sí, verdaderamente se recibe en la Eucaristia el cuerpo del Cristo. El Cristo me manda que reciba su cuerpo y su sangre bajo los símbolos del pan y del vino. Así, no puedo dudar que él me los presenta, y que yo los reciba. Increíble parece que la sangre del Cristo penetre hasta nosotros desde tan enorme distancia para que la comamos; pero ¿quién ignora que la misteriosa virtud del Espíritu Santo es muy superior á nuestros sentidos? Por tanto si preguntais cómo se verifica esto, no tendré inconveniente en confesar que es un misterio incomprensible á mi inteligencia. Pero continuemos: lo confieso francamente, no puedo admitir la union del Cristo con nuestra alma, tal cual la enseñan los Católicos; pues nos basta que infunda la vida con la sustancia de su carne, ó que derrame su propia vida en nuestras almas, sin que venga hácia nosotros su carne misma: ésta es la única comida que hay ¹.

Resulta, pues, que en la Eucaristia está presente el Cristo, que le comemos, y que su cuerpo derrama desde el cielo una virtud misteriosa en el alma de los fieles: tales son los principios de los Calvinistas, que al parecer han adoptado tambien los Anglicanos. Por lo demás, la Eucaristia no constituye ya actualmente un punto de division entre muchos luteranos, que en otro tiempo permanecian fieles á la doctrina de su maestro, y las otras sectas protestantes, pues no creyendo que haya presencia real, ni comida del cuerpo por la fe, reconocen en la Eucaristia un signo estéril, sin virtud sobrenatural, propia, cuando mas, para recordar el amor de Jesús y la muerte que sufrió por nosotros, piadoso recuerdo que los induce á una vida mejor, ó sea, á la imitacion del Cristo ².

De lo dicho se desprende que los Protestantes reducen este adorable misterio á una imágen, á un signo vacío, á un simple recuerdo piadoso, y aun este resto de creencia existe únicamente entre los fieles que no han quebrantado todos los vínculos con sus antiguas doc-

¹ Instit. lib. 4. — ² Dr. Lieberm.

trinas, porque para sus osados y consecuentes novadores, los progresos que están haciendo cada dia deben arrastrarlos á una negacion absoluta de signo ó imágen y al simple reconocimiento de un mito en la Eucaristia. Los Católicos creemos actualmente en el dogma de la presencia real, como le predicaron los Apóstoles, como le han transmitido los siglos, y como le han venerado todas las Iglesias: así al exponer esta doctrina con una claridad y precision admirables, el concilio de Trento no ha hecho otra cosa que declarar y definir la fe y la doctrina que ha profesado la Iglesia desde los tiempos apostólicos. Los errores que acabamos de indicar fueron condenados por el santo Concilio en los términos siguientes: «Si alguno «niega que en la Eucaristia están contenidos verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, «con su alma y su divinidad, y por consiguiente todo el Cristo, y «dice que únicamente está en signo, en figura ó en virtud, sea excomulgado ¹.»

CONFERENCIA LXXI.

LA TRANSUSTANCIACION, LA PERMANENCIA DE JESUCRISTO EN LA EUCHARISTIA Y EL CULTO DE LA TRÍA QUE SE LE TRIBUTA.

EL DR. Pocas personas dejarán de experimentar en mi concepto, cuando se les habla de presencia real, la impresion de aquellos discípulos á quienes aludisteis, y que no digan para sí: ¿dura es esta doctrina, ó por lo menos muy extraordinaria! Mas el exámen de las eficaces y numerosas pruebas que establecen la existencia de este misterio, excluye en breve todas las dudas, é induce á confesar que no hay un dogma mas claramente demostrado. Despues de este primer punto ocurre naturalmente otro, á saber: ¿de qué modo está presente Jesucristo en la Eucaristia.

EL TEÓL. Para responder mas fácilmente, empecemos por indicar los términos con que los Luteranos han explicado el modo de la presencia real. Su jefe enseñaba que en la Eucaristia continúa existiendo el pan, y que en virtud de la consagracion el cuerpo del Salvador existe en este pan ó con este pan, bien así como existe el vino en el tonel ó el fuego con el hierro candente; mas esta explicacion no

¹ Ses. 13.